

La incierta forma del tiempo



Jorge González Jácome



La incierta forma del tiempo

Para citar este libro:

<http://dx.doi.org/10.51573/2023.02>

ÁGORA FICCIÓN

La incierta forma del tiempo

Jorge González Jácome

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales

Nombre: González Jácome, Jorge, autor.

Título: La incierta forma del tiempo : una novela / Jorge González Jácome.

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Ediciones Uniandes, 2023. | 278 páginas ; 14 x 21 cm. | Colección Ágora Ficción

Identificadores: ISBN 9789587984798 (rústica) | 9789587984804 (e-book) | 9789587984811 (e-pub)

Materias: Novela colombiana – Siglo XXI

Clasificación: CDD 863.5–dc23

SBUA

Primera edición: abril del 2023

© Universidad de los Andes,
Facultad de Ciencias Sociales
© Jorge González Jácome

ISBN: 978-958-798-479-8
ISBN *e-book*: 978-958-798-480-4
ISBN epub: 978-958-798-481-1
DOI: <http://dx.doi.org/10.51573/2023.02>

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18 A-12, bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 3394949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
infeduni@uniandes.edu.co

Corrección: Marcela Garzón
Diagramación: Vicky Mora
Diseño de cubierta: Ossman Aldana
Imagen de cubierta: fotografía
de Sofía Botero

Facultad de Ciencias Sociales
Carrera 1.ª n.º 18A-12,
bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 3394949, ext. 5567
<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>
publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

Impresión:
Imageprinting
Carrera 27 n.º 76-38
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono 601 6311350

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Para Sofia

*I'm not living, I'm just killing time [...]
And true love waits in haunted attics
And true love waits on lollipops and crisps.*

Radiohead, "True Love Waits"

I

Llegué a la casa y los vi sentados alrededor de la mesa de la cocina. Ella tenía la mano sobre la de él. Lo miraba conmovida en silencio, como si lo compadeciera, mientras los ojos de él estaban clavados en unos papeles que había sobre la mesa. Cuando crucé el umbral de la puerta levantaron la mirada para verme sin decir una palabra. Creí que el silencio con el que me recibían delataba la expectativa de que yo dijera algo. El aguacero de esa tarde me había dejado empapado y sentí que las gotas de agua se deslizaban por mi espalda y me enfriaban la piel. La pequeña sombrilla destaralada, negra y con puntos morados, que ella había dejado a la entrada de la librería hacía unos meses no sirvió para protegerme de un cielo que esa tarde se deshizo sin compasión. Seguía lloviendo. Saqué un sobre de manila del morral que llevaba a la espalda y lo puse al lado de los demás papeles que ellos miraban. Arrastré una de las sillas que rodeaban la mesa, me senté frente a ellos y sentí el peso de esa mesa

de madera maciza que nos separaba. Pasé la mano por encima de ella y palpé sus cicatrices, los surcos que habían dejado tantos años de manipular cubiertos, lápices y bolígrafos sobre la madera. Siempre había estado allí. Una compañera silenciosa. Tomé aire, cerré los ojos y lloré las lágrimas que había venido reprimiendo todo el día, toda la semana o quizás durante cinco años. Escuché el ruido de las patas de la silla arrastrándose contra el piso, luego sus pasos y luego su mano sobre mi hombro y escuché un “ya pasó y por eso estamos hablando”. Intenté disculparme, sin saber si debía hacerlo, pero igual las palabras no salieron. Sentí escalofríos y quise creer que eran por la ropa mojada. Él seguía con la mano en mi hombro y ella tomó el sobre de manila medio mojado, sacó los papeles que había adentro y los puso al lado de los otros.

Debieron de pasar unos minutos, no sé cuántos, antes de que pudiera levantar la cabeza y verlos de nuevo a los ojos. Él volvió a su sitio, al puesto fijo de siempre, y los dos tomaron los nuevos documentos, las nuevas piezas de un rompecabezas que yo creía incompleto y que no sabía muy bien cómo empezar a armar. Pero él era el único que estaba seguro de cómo iniciar. Tomó cada una de las nuevas piezas, las leyó concentrado, como si fuera la primera vez que lo hiciera, y vi que su cara volvió a una tristeza que creía desterrada hacía tiempo. Ella me miró con una mezcla de rabia y lástima y yo seguía pensando que me estaba reclamando que le pidiera perdón por lo que había pasado.

Miré al suelo, jugué a hacer cruces en mi mente con las baldosas blancas y negras del piso de la cocina y pensé en la crueldad de nuestra vida, que aparenta regalarnos un tiempo que nunca sabremos a quién pertenece.

—Bueno, pero ¿qué más necesitan saber? —dijo cuando terminó de leer.

II

La sentencia de muerte contra mi juventud la pronunció un gastroenterólogo.

—Le voy a mandar una dieta —dijo mirando en la pantalla de su computador el resultado de una endoscopia que me había hecho unos días antes—. No hay helicobacter, pero mire todo esto que se ve acá como anaranjado —señaló girando el monitor—. Ese es el reflujo que no lo deja dormir —guardó silencio unos minutos, quizás convencido de que yo había visto el reflujo en lo que me parecía más una composición hecha con resaltadores fluorescentes. Empezó a murmurar y a escribir en el teclado de su computador el diagnóstico, la fórmula médica y la dieta.

Yo había minimizado los síntomas en mi primera consulta tratando de evitar la endoscopia, esa aterradora introducción por la boca de una pequeña cámara pegada a una especie de manguera para filmar el interior del estómago. Por eso dije que el reflujo no me dejaba dormir pero que no era grave, ocultando que en realidad se me había vuelto

insuportable después de desayunar, a media mañana y en la noche. Creo que mis únicas horas de paz gástrica eran las que llegaban después de almorzar. En todo caso, el médico me dijo que era necesario hacer la endoscopia, por mi edad, pero me tranquilizó con la noticia de que las nuevas anestésias dormían por unos minutos al paciente y no le dejaban sentir nada. Ni arcadas ni nada. Lo único que debía hacer era ayunar durante las ocho horas anteriores al momento del examen. Con los resultados en mano, el doctor confirmaba sus sospechas desde que había recibido mi declaración de males estomacales y gástricos: que no era tan leve la gastritis y que debía de estar tan jodido que había decidido pedirle una cita.

—Cero grasas por un mes, al menos —pensé en las empanadas a la salida de la universidad que venía comiendo desde mis años de estudiante.

—Cero lácteos, ojalá por el resto de sus días. El calcio lo puede sacar de vegetales. Puede tomar leche de soya o de almendras. Ahora a las cajas de leche de vaca les ponen una cantidad de químicos para que no se dañen —siguió el doctor mientras yo pensaba en el precio de las leches esas que saben espantoso y que las impulsadoras del supermercado siempre se esfuerzan por hacerme degustar.

—El café descafeinado —continuaba la lista. Leche deslechada, café descafeinado. ¿Qué otra idea, doctor?

—Trate de no tomar alcohol durante un mes. Si va a tomar, un whisky bien aguado. Coma liviano por las noches

y nada de cítricos. Algunos médicos en redes sociales dicen que tome agua con limón en ayunas para recuperar la acidez del estómago. Ni se le ocurra; no hay evidencia para eso —sentenció el doctor. Lo que me iba a ahorrar en alcohol me lo iba a gastar en los remedios.

—Le recomiendo comer fruta entre comidas, para que las esperas entre desayuno y almuerzo y entre almuerzo y cena no sean tan largas. Por ejemplo, una papaya a media mañana —¿Los arándanos del *muffin* que me como casi todos los días contarán como la fruta que me estaba recetando mi verdugo?—. Y este remedio que le anoto acá que se lo debe tomar media hora antes del desayuno todos los días durante sesenta días. Si ve que no mejora, me vuelve a consultar. El problema es su hernia hiatal y lo que se conoce como gastritis. Nada grave, es normal cuando se acercan los cuarenta —gracias, doctor, son treinta y cuatro—. Trate de hacer ejercicio —remató entregándome tres pequeñas hojas rectangulares en las que estaban el diagnóstico, la dieta (restricciones alimentarias según el encabezado) y la fórmula médica del Omeprazol, popular remedio generacional.

—Gracias, doctor —dije mientras me paraba de la silla y preguntaba para mis adentros si este huevón sabría lo que es andar por la vida comiendo alpiste y papaya, tomando agua (pero poquita) y trotando como un desadaptado, o si esta visita, el examen y la receta no eran más que un libreto preconcebido que recitaba decenas de veces durante el día sin saber cómo alteraba las pulsiones vitales necesarias que

se condensaban en una empanada con limón y ají y una cerveza.

Salí del consultorio pensando en la llegada de la “gastritis”. Era la segunda vez que esta inflamación del estómago llegaba para cambiar mi vida. Ahora estaba dentro de mi cuerpo, pero hace unos ocho o diez años el problema fue la de Rafa. A los historiadores nos enseñan la dificultad que hay en buscar las causas únicas que producen los eventos, que cada acontecimiento es precedido por múltiples antecedentes, que lo importante es entender cómo cada uno de ellos contribuye para producir el presente. Incluso yo enseñé estas mentiras piadosas en la universidad en los talleres de métodos de investigación, cuando discutimos cuestiones sobre historiografía. Pero en el desvelo siempre doy vueltas para encontrar la causa, en singular, que me trajo hasta estos días solitarios a los que ya me acostumbré. La fatídica noche del diagnóstico de ese dietista disfrazado de doctor, luego de tomarme el engrudo blanco de rigor con el que le había hecho el quite durante meses a la endoscopia y cuyo efecto duraba poco menos de cuatro horas, pensé que la historia había dado la vuelta completa. Porque Rafa no hubiera salido a almorzar temprano ese día si no hubiera tenido gastritis. Yo hubiera salido a almorzar primero y jamás habría visto a Natalia. No nos hubiéramos quedado encerrados en la librería después del petardo, no hubiéramos caminado durante dos horas contándonos la vida. Si yo hubiera estado fuera de la librería almorzando, quizás Rafa

me hubiera enviado un mensaje para decirme que me fuera a la casa y la existencia de Natalia solo la hubiera corroborado anotando su nombre en alguna factura o archivo de contabilidad. Esa noche, justo antes de que me venciera el sueño, entre dormido y despierto, no supe si me sentía afortunado o no por la gastritis de Rafa y si, de pronto, mi gastritis era el inicio de un nuevo ciclo de vida.

El trabajo en la librería El Sótano, de la cual era propietario Rafael Abello, fue el resultado de una época de vacas flacas que mi papá nos anunció una noche cuando comíamos los tres. No había plata para las matrículas de la universidad. Yo no podía creer mi buena suerte. El último semestre de Historia me aterraba. Me daba pánico tener que afrontar el final de la carrera y no me sentía preparado para enfrentar el sombrío futuro laboral, a tal punto que no había diseñado aún un proyecto decente de trabajo de grado y mucho menos sabía qué profesor quería que me dirigiera esa investigación. No había sido el más afable de los estudiantes durante mi paso por la universidad. Es más, ahora que enseño y pienso en mi yo de hace diez años, siento que debía de ser insoponible tenerme como alumno. Nunca hablaba, nunca decía nada, me sentaba atrás, siempre estaba pendiente de lo que ocurría en clase y no me iba mal, pero mi silencio cotidiano seguro hacía pensar a los profesores que era un tipo arrogante que no se dignaba a discutir con los demás mortales.

El anuncio de mi papá me ayudaba a aplazar las decisiones que entonces parecían vitales y por eso creí que era lo mejor que me podía pasar.

—Bueno, pues aplazamos —dije sin ocultar mi alivio y sin reparar en que, para Mariana, quien terminaba el colegio como una de las mejores estudiantes de su generación y había sido admitida para empezar ese agosto su carrera de Derecho, la noticia implicaba borrar una imagen que había dibujado sobre su pronta entrada a la universidad y el paso definitivo a la adultez.

—Pero tengo un plan para que las cosas no sean tan dramáticas —dijo mi papá dirigiéndose a mi hermana, que había guardado silencio y no se esforzaba por ocultar una profunda decepción ante sus planes frustrados—. La oficina tuvo un semestre duro porque no ha entrado casi plata. Pero hay varias sucesiones y divorcios que van a terminar pronto y espero que las cosas mejoren. Mira que ya los casos de las compañías de celulares nos modernizaron —dijo señalando los tres teléfonos inteligentes que estaban sobre la mesa del comedor—. Voy a cambiar de dependiente judicial y te voy a contratar a ti seis meses. Tu salario va a ir a un fondo para asegurar que puedas arrancar el primer semestre de universidad en enero. De paso tú entras más adelantada que tus compañeros, sabiendo de qué se trata ser abogado —remató mi papá con una especie de tono de satisfacción de sentirse, en la adversidad, el salvador de la situación.

—Vale —dijo Mariana asintiendo—, no está mal. Pero el otro semestre arranco y, si no es necesario, no quisiera seguir trabajando en tu oficina —sentenció intuyendo una especie de trampa que tendía mi papá y que hacía seis años me había tendido a mí cuando estaba a punto de entrar a la Facultad de Derecho.

Álvaro Martínez había heredado la oficina de su papá, Álvaro Martínez, quien a su vez la había heredado de su papá, Álvaro Martínez. Por unos años, Álvaro III conservó la ilusión de que su hijo, Pedro Martínez, seguiría el destino familiar de convertirse en abogado. Como no tengo hijos, no puedo saber de dónde viene ese impulso paternal de pensar que lo mejor que pueden hacer los hijos es seguir el destino del papá. Pero Álvaro guardó esa ilusión que yo maté unos días después de la muerte de mi mamá, mientras hacía una fila eterna en las oficinas de registro de la universidad. Él debía estar enredado haciendo los trámites de medicina legal, la velación y otros arreglos *post mortem* que les cargan la mano a los vivos. Y mientras esperaba en la fila de la oficina de admisiones para entregar los papeles de aplicación a la universidad yo pensaba que, sobre todas las cosas, quería huir de acompañar a mi papá en el confinamiento de un cuarto que él había adaptado como oficina para trabajar en la casa, donde los fantasmas de mi mamá se nos iban a aparecer todos los días. Por eso, cuando miré la primera hoja del formulario que decía “Programa al cual aplica”, no pude poner una cruz en el cuadrado

que se encontraba al lado de “Derecho”. Entre ingenierías, Física, Biología, Artes y Economía, el descarte fue Historia, la única de ese listado para la cual creía que me sentía capaz. No recuerdo si pensé, también, que era la carrera más afín al Derecho y que quizás un cambio en el futuro hacia el Derecho podía ser más fácil que si me dedicaba a mirar células en un microscopio. Pero es probable que sin ser consciente hubiera decidido emprender la huida definitiva del mundo legal cuando a mi papá le iba a doler menos por estar adormilado por un dolor más grande. Le di gusto, eso sí, en tomar algunas materias de Derecho “porque qué tal que le guste”, según me decía. Pero aparte de demorarme un año más en terminar Historia, las clases en esa Facultad confirmaron algo que ya intuía: que el mundo de las leyes, y sobre todo de los abogados, no era para mí. Leer una y otra vez la misma frase para encontrar un significado escondido, muchas veces retorcido, y el trato de doctor y doctora entre profesores y alumnos fueron los candados sin llave que no me dejaron entrar en la profesión.

Casi cinco años después de mi negativa a seguir los pasos de mi papá, llegó la decisión de Mariana de estudiar Derecho. Él recuperó una ilusión que no le había visto desde antes de la muerte de mi mamá. Su hija siempre había sido cercana, leía bien sus palabras, gestos y neurosis, algo a lo que yo había renunciado muy temprano, pues Álvaro y yo nos refugiamos cada uno en nuestros silencios para tratar de llorar, colorear u olvidar esa imagen de una

Julia arrastrada por una crisis nerviosa de muchos años, sobremedicada con calmantes que lentamente fueron destruyendo su hígado, su páncreas y sus riñones, condenada a pasar sus últimos días conectada a mangueras, sondas y máquinas de pitos desesperantes, bajo el cuidado de médicos alquimistas que intentaban nivelar los minerales de su cuerpo, dándonos quizás una falsa esperanza.

Mi reacción inicial a la pena fue intentar olvidar esa escena de la unidad de cuidados intensivos donde se murió mi mamá. Ello implicó esforzarme por bloquear cualquier intento de la memoria por jalarme a esos días. Creo que debí de pasar como un insensible a los ojos de mi papá. Él trataba de hablar de su Julia y yo me paraba de la mesa, guardaba silencio, me abstraía del lugar donde estaba, para no oír una y otra vez su mórbida obsesión por recordar los días del hospital. Pero Mariana lo escuchó con paciencia y con una fortaleza propia de alguien mayor. Oyó sus eternas reconstrucciones de la agonía de Julia que se repitieron en las conversaciones de la casa durante varios meses. Quizás por haber tenido a Mariana cerca, mi papá logró pasar a la siguiente fase del duelo en la que se concentró en investigar algo que lo había obsesionado en sus años de juventud: el Triángulo de las Bermudas. En ese entonces no entendí muy bien cómo pasó de los recuerdos dolorosos a estar horas averiguando sobre el tema sentado frente a su computador. El duelo se parece a la borrachera: se van dando las fases y uno no sabe cómo pasó de una etapa a otra.

El caso es que Álvaro se volvió un “experto en Google”, así decía él, para buscar información sobre las misteriosas desapariciones de barcos y aviones a los veinticinco grados de latitud Norte y setenta y un grados de longitud Oeste. La actividad paranormal y extraterrestre hechizó a su generación y aprovechó cientos de páginas de internautas que compartían su obsesión. De lo que más le gustaba hablar en aquel tiempo era del misterio de dónde habrían ido a parar los desaparecidos, y exponía a veces las teorías sobre la dimensión desconocida y las del hoyo negro que se había tragado a miles de personas que quizás aún estaban vivas. Así es que, en la mañana, en vez de trabajar en sus memoriales, demandas y derechos de petición, se dedicó a investigar sobre este lugar que se volvió su refugio para negar la muerte. Con el paso del tiempo, me he descubierto a mí mismo fungiendo de psicoanalista tegua al tratar de explicar que ese año en que mi papá se dedicó a investigar sobre la misteriosa zona era una reacción inconsciente de un ateo al que le tocó empezar a construir la idea de que la muerte de Julia no era más que una desaparición misteriosa temporal que se empeñaría en resolver. Era una crisis de su no-fe y una negación del Derecho, el cual se empecinaba en decirle que había que liquidar una sociedad conyugal e iniciar una sucesión con la que se cerraría la página de la existencia de Julia en los documentos oficiales.

Ese año y medio de historias de muerte y desapariciones fue fatal para la salud de la oficina de abogados que

venía de Álvaro en Álvaro. Mariana se enteró en los seis meses de trabajo antes de entrar a la universidad de que mi papá llevaba pocos casos porque, en esa época, sustituyó poderes a otros abogados y además atendió mal las citaciones de juzgados, lo que lo llevó al borde de recibir sanciones disciplinarias. Se había dedicado a evadir pleitos, como si la gasolina para litigar se le hubiera acabado, y se quedó atendiendo casos de sucesiones y divorcios de mutuo acuerdo. Se había convertido en un hábil tramitador. La muerte de Julia lo había frenado en seco. Aunque no recuerdo entre ellos manifestaciones explícitas de cariño, la base de la existencia de Álvaro era saber que Julia existía cerca, en su mundo. Por eso le tocó parar la vida cuando su pareja murió. En medio de esa creencia de que su vida iba en bajada, su hija de dieciocho años lo sorprendió al inscribirse a la carrera de Derecho. La presencia de Mariana era suficiente para que recuperara la fe en una oficina que hacía años había dejado de tener sentido para él.

No creo que fuera extraño tenerle tanta fe a Mariana. Sin decirlo, mi papá y yo sabíamos que Mariana había sido la que mejor había enfrentado la muerte de mi mamá. A pesar de tener trece años y todas las excusas perfectas para sumirse en el drama de la incomprensión de la adolescencia, lo cierto es que las dos mujeres de la casa nunca tuvieron una relación estrecha. Más bien parecían saberse condenadas a tolerarse en una existencia mutua en la que, a pesar de ciertos chispazos infrecuentes en los que afloraba

alguna manifestación de cariño, dominaba una buena dosis de indiferencia. Entre ellas no existía siquiera la hostilidad que a veces delata el interés por imponer a otro las formas de ver la vida o el miedo de la madre a que la hija repita lo que cree fueron sus propios errores. Nunca hubo una relación de compinchería de la cual yo me percatara, ni siquiera cuando la llegada de la pubertad las ató en una solidaridad pasajera que quizás no fue más allá de los consejos sobre cuáles toallas higiénicas había que comprar. Mariana, por supuesto, había llorado la tristeza propia de descubrir la cercanía de la muerte y de familiarizarse con el terror de que las vidas terminan. Su tristeza fue quizás el resultado de verse enfrentada a una ausencia a la que no estaba acostumbrada y eso la angustió. Su Triángulo de las Bermudas fue el básquet. Empezó a entrenarse todos los días y mi papá siempre creyó que esos saltos y la forma de estirar los brazos para ganar rebotes la habían hecho crecer cuatro centímetros más que yo, que nunca lo practiqué. Se quedaba entrenando todas las tardes en el colegio, a veces con el equipo, a veces sola, lanzando el balón a la canasta para aprender la precisión y la rutina que requería el movimiento de brazos y piernas para ubicar los lugares de la cancha desde donde podía lanzar con pocas posibilidades de fallar. Mariana construyó un cuerpo fuerte e intimidante para su edad y el sonido del balón contra el pavimento o la madera fue su aliado para navegar el silencio de una casa en la que dos hombres